

# Ernst Jünger

## Tiempo mensurable y tiempo del destino

INICIO

HEMEROTECA VIRTUAL

EL FETICHISMO

EL ORO

EL TIEMPO

LA CLANDESTINIDAD

SUMARIO

La amplitud de la intrusión de la astrología dentro de la vida cotidiana autoriza a pensar que esto que ahora se abre paso es más que una simple moda. Se encuentran predicciones y consejos astrológicos no solamente en los almanaques populares y como rúbricas permanentes en el texto de diarios hebdomadarios, sino incluso en los anuncios. Y aquel que no reconoce realidad alguna a los tipos y pronósticos astrológicos debe admitir que se les tiene en

cuenta en una proporción creciente y que, por lo mismo, tienen un efecto. Casi todo el mundo conoce ahora su signo y con él un aspecto de su ser hasta hace poco desconocido para la mayoría que le concedía poco o ningún sentido.

Esta intrusión no se da sin resistencia. Las objeciones contra la astrología son tan viejas como la lectura de los astros. Los primeros en irritarse fueron los teólogos, después los filósofos y actualmente los hombres de ciencia han tomado su lugar. En sus publicaciones reaparece siempre el artículo contra el "escándalo de la astrología", donde se demuestra y establece que ésta no constituye una ciencia, ni siquiera un orden de pensamiento que deba ser tomado en serio lógicamente.

Nos enfrentamos aquí, más claramente aún que en la teoría de los colores, con dos posiciones irreconciliables. Más ¿de qué valdría la demostración que probara, por ejemplo, que el juego del ajedrez no es una ciencia? ¿Sus combinaciones serían acaso menos ingeniosas? ¿Disminuiría el número de jugadores? El ajedrez tiene esto en común con la astrología, no forma parte de la ciencia ni de las artes. Ambos son juegos, y a título de tales, han hecho la dicha de innumerables seres humanos. El ajedrez se parece también a la astrología en que sus figuras constituyen tipos asociados a ciertos movimientos.

Añadamos que la astrología posee igualmente un carácter adivinatorio, la indagación e interpretación del destino. Esto trae a la mente otros juegos: los torniquetes como la ruleta o aquellos mediante los cuales se pretende leer el porvenir con base a signos descubiertos o lanzados al azar. Este fue el caso de las letras en épocas remotas, lo cual explica no solamente su nombre (en el alemán *Buchstabe*, literalmente varita de haya), sino además la palabra leer (*lesen* significa también reunir). Existía en la antigüedad un juego adivinatorio que consistía en lanzar pequeñas varitas marcadas con runas, para recogerlas después, como lo describe Tácito, de una manera análoga a la practicada en China aún ahora, o

por lo menos en fechas recientes. Cabe mencionar aquí el arte de los augurios, la observación e interpretación del vuelo de las aves.

La astrología se distingue de estos juegos y oráculos en que dispone no solamente de un sistema de campos y signos, sino además en que estos últimos poseen su propio periodo, se alejan, regresan y fijan el tiempo de manera determinada y calculable. Observamos aquí asimismo la revolución de la gran rueda con la antigua familiaridad que da al hombre el sentimiento del centro, del lugar seguro y habitable. Por encima de él, reconoce todavía una bóveda. En ella reaparecen los signos fijos y los móviles, y de manera matemáticamente predecible. Este vínculo entre la realidad fugitiva de un destino y la marcha inalterable del reloj universal confiere a la astrología ese particular atractivo que le ha permitido sobrevivir a las demás artes y operaciones adivinatorias. A esto se asocia la interpretación de las constelaciones que ponen en juego las fuerzas elevadas del espíritu y no solamente las del intelecto.

La constelación del horóscopo no está producida, como es el caso en el ajedrez, por una serie de decisiones combinatorias, sino por la posición de la rueda universal en el momento y hora del nacimiento. El Ser del hombre se encuentra así vinculado a un movimiento que es independiente de la voluntad y de otras características como raza y herencia. Su liga con él reside exclusivamente en el lugar y hora de su entrada al mundo y sus bienes. No es el mundo sino las estrellas quienes determinan la casa verdadera. Un nuevo engrane pequeño, en el seno de la inmensa revolución circular, inicia su marcha preescrita. El horóscopo del hombre es como una imagen del reloj universal. A partir de su configuración deberá concluirse la ley según la cual él ha hecho su entrada.

La consideración del cielo estrellado no sólo resulta instructiva y excitante, revela simultáneamente al hombre los límites de su conocimiento y su poder. Las numerosas palabras, convertidas hoy en citas, de nuestros más grandes hombres sirven de testimonio. La

contemplación de las estrellas es así *uminosa* en el mejor sentido. El ser también considerada *omnosa* responde al carácter humano y el atractivo ejercido por la astrología sobre las masas se funda sobre este segundo valor. El hombre ha otorgado siempre más importancia al ser que él posee que al ser que es: la línea de la vida, su longitud, su suerte y su mala suerte importan más que la materia misma del destino que dan un sentido a todo. El poder cuenta más para él que la sabiduría, la riqueza más que el carácter, la extensión de la vida más que su contenido, la apariencia más que el ser inalienable.

Es por esto que quienes ayudan al hombre a conocerse a sí mismo, aquellos que desearían darle sentido a su existencia, han cosechado siempre ingratitud, mientras las multitudes acuden a los adivinos.

Sabemos que en el ajedrez se calcula de antemano una serie de jugadas. Se puede afirmar con certeza que ésta es más correcta que aquélla y frecuentemente, que otra es la mejor. Sobre esto se fundan todos los manuales para principiantes.

La previsión no es posible, a decir verdad más que para un número limitado de jugadas, después de las cuales la partida desemboca en lo no calculable, tomando las palabras aún en su sentido matemático. El jugador de ajedrez bueno para la teoría se parece al nadador que al internarse en el mar encuentra un suelo firme durante algunos pasos, pero seguidamente debe confiarse a la profundidad y a sus propias fuerzas.

Lo mismo sucede con la apreciación de una partida interrumpida. Aquí también, la espesura puede aclararse desde cierta distancia. Puede ocurrir sin embargo que no se logre percibir aquello que se llama una jugada genial de ajedrez. Pero se tiene el derecho de admitir que algunas buenas cabezas ocupadas de una posición, descubrirán la solución óptima.

El jugador perfecto en sentido científico ejecutará cada vez la mejor jugada. Esto presupondría cálculos que sobrepasan las facultades combinatorias del hombre. Cabe también preguntarse si bastaría con una gran máquina calculadora de nuestro equipo tecnológico actual o futuro. Pero, suponiendo que existan aparatos, autómatas jugadores de ajedrez, capaces de resultar siempre los más fuertes, ¿cuál sería el resultado?

Para empezar ¿y poco importa que sea sólo uno de los contrincantes o bien ambos los que se sirvan de tal instrumento- la partida perdería el carácter de juego para convertirse en un acto técnico. Desaparecería igualmente, del encanto del juego, el singular enfrentamiento de dos inteligencias, dos temperamentos, dos caracteres sobre un plano delimitado. Sería el fin de aquello que hace del juego un torneo ¿el ataque valeroso, la defensa encarnizada, la simulación artera, el salto sorprendente- y la victoria dejaría también de merecer tal nombre.

En lugar de esto, existiría un juego descubierto y previsto en todas direcciones. La primera jugada marcaría el estilo de la partida en su totalidad. No habría ni victoria ni derrota, sólo una partida perfecta que conduciría a una remisión. Si efectivamente se obtuviera la jugada más fuerte en cada ocasión, desde el inicio mismo del juego, resultaría sólo una partida, la partida óptima. Esta se repetiría con todos sus defectos, como si se tratara de una película.

Es claro que el sentido del juego no puede ser este. El juego y el arte ocultan el empleo de los recursos técnicos. No así la ciencia. Allí donde el método científico y sus técnicas penetran los dominios del juego, la alegría y la libertad del mismo se destruyen. La restricción se despliega. Así se explican no solamente las diferencias entre las Olimpiadas griegas y las nuestras sino, además, de manera general, el empobrecimiento de vastos dominios donde aquello que hasta hace poco era juego, competencia y aún lucha es,

simultáneamente, conducido a la perfección mediante la técnica y destruido en su misma esencia.

En el caso de la configuración astrológica, la cuestión no reside en evaluar un juego en estado virgen o en una partida cuyas piezas se encuentran en posición inicial. En este sentido la configuración nos hace pensar más bien en un juego de naipes: las cartas han sido ya barajadas y repartidas. El juego está en pleno desarrollo, la partida ha llegado a su punto culminante. Es posible que las figuras importantes estén reservadas al jugador y las demás se encuentren mal posicionadas. Aquí no existen derechos, nada es reivindicable; el destino ha repartido sus lotes.

Queda aún por averiguar qué se puede esperar de esta evaluación y cuáles serán sus resultados. ¿Importa acaso al hombre saber si la partida será ganada o perdida? Sería preciso determinar en principio los posibles significados de ganar o perder y si su peso sería diferente una vez que son propiedad el destino. Esencialmente todos pierden la partida. Es otra mano la que asesta el golpe definitivo. Quien dijo que sería mejor no haber nacido, tenía esta idea en la mente.

La partida de ajedrez no concluye en un triunfo o una derrota. Termina cuando las piezas negras y blancas se retiran del tablero para guardarse en la caja. Lo que perdura es otra cosa que la victoria y la derrota. Queda el recurso de una sustancia que fue dividida, de una melodía que fue ejecutada. No sólo queda Escipión. Quedan Escipión y Aníbal. El uno no hubiera podido, ni puede, existir sin el otro jamás. La victoria no reside en la última jugada sino en la suma total.

Desde otras perspectivas, la vida se asemeja más a los ?solitarios? donde es ciertamente imposible cambiar nada en las cartas echadas a excepción de las combinaciones permitidas. El jugador aislado intenta ordenar su lote en la medida de lo posible. Una posición inicial favorable puede echarse a perder, mientras que

una desfavorable puede conducir a la victoria mediante soluciones inesperadas. Un hombre nace príncipe y acaba en el patíbulo; un niño ciego y sordomudo encuentra a través de una minúscula grieta en una caverna, el acceso a mundos superiores donde acumulará tesoros.

A decir verdad, uno puede observar aquí también los lotes repartidos. La discusión acerca de la libertad y el destino abarca todos los planos; sobre la tierra, no tiene fin. Es posible que tanto príncipe como niño hayan cumplido su misión, ya que la recompensa no es precisamente el éxito. La partida es idéntica, ya se trate de una corona o de un puñado de cacahuates. Diógenes apreciaba más su lugar bajo el sol que la posesión de Asia. Los laureles de la vida? pueden ganarse en el martirio.

Ni la victoria ni la derrota, ni el género o la importancia de la recompensa se dejan influenciar por el conocimiento astrológico. Para utilizar la terminología médica, la interpretación puede proporcionar pronóstico y diagnóstico, más no prescribir el remedio. Puede asimismo juzgar sin por eso influenciar, más que muy apenas, el estilo. De la misma manera, la grafología no pretende en ningún momento mejorar la escritura. La tentativa no llegaría más allá de la norma. Resultaría incluso nociva. Nosotros adquirimos el trazo individual cuando hemos olvidado que aprendimos a escribir. Quien deseara vivir conscientemente según su horóscopo, se asemejaría al alumno que sigue el modelo. Nunca superaría la condición de escolar. Los errores son parte de la vida como la sombra es parte de la luz. Además, conocer la hora no nos sustrae del dominio del destino. Es esta la idea que fascinaba a Shakespeare y a Schiller, un tema digno de aquellos espíritus para quienes la vida aparece como un drama. César y Wallenstein fueron advertidos.

Cabe preguntarse, después de todas estas reservas, qué más conviene esperar de la interpretación. Puede parecer superflua, desde el momento en que no esta en sus manos cambiar o mejorar

nada, o incluso dañina al sacar a la luz lo irremediable. Esto conduce a preguntarse por qué existe tal necesidad de interpretar horóscopos.

Como todas las necesidades ésta surge también de una insatisfacción. Tiene como origen el presentimiento de algo que debería sobrevenir y completarse a fin de dar significado al juego. En este sentido el lector de horóscopos es aquel que, sobreviniendo, no cambia nada a decir verdad, pero otorga certeza.

Cuando, en el ajedrez, el rey está amenazado, la dama se sacrifica, un peón pasa a primer rango, y esto tiene una significación que sobrepasa la partida y es un reflejo de disposiciones de orden universal. Pero también en los movimientos del rey histórico se refleja otro reino.

La actividad tras las ventanillas de un gran banco, donde el papel moneda, las letras de cambio, cheques y otros símbolos pasan de mano en mano, produce la impresión de una actividad plena e intensa. Mientras más rica sea la coyuntura, conducirá menos a la reflexión de toda esta actividad se desarrolla sobre una cubierta delgada y ficticia, creada por las transacciones. Y, por lo tanto, esos papeles carecen ¿en si mismos? de valor; este último depende de algo muy distinto: trabajo, tierras, bienes o el oro resguardado en las bodegas. Es ésta su condición previa. La relación entre el circulante y su garantía es floja, invisible la mayor parte del tiempo. Quien acepta un billete de banco no exige ver el oro que este representa, parecería incluso como si le importara muy poco si tal oro existe o no. La mayoría de la gente que retiene una hipoteca jamás ha entrado en la casa sobre la cual ésta fue otorgada.

No queda más que una sombra de incertidumbre, una desconfianza que crecerá después de las crisis. Con ellas aumenta la necesidad de ver aquello representado por los impresos: tierra, granos, casas, lingotes de oro. Con frecuencia los bienes raíces se encontrarán en lugares apartados, inaccesibles; entonces, la palabra



de aquel que los ha visto con sus propios ojos resultará tranquilizadora. Servirá de confirmador. Dentro de la vida en general reina la misma necesidad. Enterarse y después comprender que sus actos, obras y aventuras significan otra cosa además de lo que comúnmente se admite que son el reflejo de fuerzas enormes que los dotan de significación, en suma, que posee un destino, constituye, desde luego, una necesidad indestructible del hombre.

Mientras más aumentan la circulación y el movimiento y la vida se vuelve más y más la de las grandes ciudades, técnica y abstracta, más fuertemente ha de manifestarse esta necesidad. Este será particularmente el caso en los momentos de crisis o incluso ante los accidentes frente a los cuales el optimismo tecnológico se encuentra amenazado o se desploma. El hombre siente entonces que le hace falta una interpretación; desea que se le indiquen las fuerzas que se encuentran fuera de circulación. Para esto necesita un confirmador.

Este fenómeno explica la sorprendente atracción ejercida por la astrología en estas épocas ?y no solamente por ella. Su fuerza no consiste en encarnar los principios del presente, sino el contradecirlos. Es por esto que el astrólogo, al defender su arte como ciencia, no se coloca en terrenos ventajosos, como serían aquellos que la rebasan. Puede muy bien llamar científico a su instrumento de trabajo, pero los cálculos de la astronomía matemática no hacen más que introducirlo al círculo donde comienza la vida sinóptica de las constelaciones. De aquí arranca la adivinación.

No arriesgaremos ningún juicio sobre la realidad de la astrología. La discusión acerca de lo que existe de verdad en ella resulta más instructiva ya que, una vez iniciada, se desarrolla sobre un terreno donde se enfrentan, más abruptamente que en ningún otro, dos tipos globales de reflexión. Entonces nos damos cuenta de que el objeto de la disputa no es otro que el mundo invisible. Discusiones eternamente ociosas para los hombres concernientes a aquello que está escrito en las estrellas. Pero su necesidad de

interrogar al destino no es menos incontestable; nada es capaz de arrancarla de raíz, ningún conocimiento la puede calmar. Así pues, el astrólogo que no conocerá tregua hasta que sus conocimientos sean reconocidos como ciencia, se equivoca de punta a punta. El triunfo le será de tan escasa utilidad como la invención del jugador autónoma al ajedrecista.

Existen tesoros que se transforman de acuerdo con la clave que se utilice. Entre ellos, el oro. En su resplandor visible se refleja un poderío mítico. Si perdiera este brillo, no pasaría de ser una materia como cualquier otro metal.

No hay manera de demostrar que, a diferencia de los otros, el oro es un metal privilegiado. Es más sencillo probar que la estima en que se le tiene descansa sobre un prejuicio. Si esta demostración resultara exitosa, si lograra convencer, las riquezas acumuladas en las cámaras del tesoro perderían su cotización para ser estimadas en su valor industrial. Perderían esa cualidad por la que el hombre arriesga la vida y el honor, organiza expediciones y se pierde en especulaciones alquímicas. De hecho, el oro es víctima de ataques de esta naturaleza, que lograrían su propósito si el pensamiento técnico-económico fuera absoluto, en un mundo que no conocería, tal vez, ni flores ni adornos. El oro dejaría de ser oro.

De la misma manera, el destino previsible y mensurable dejaría de ser destino. Éste se puede adivinar, presentir o temer, pero nunca conocer. Si fuera de otra manera, el hombre viviría como el prisionero consciente de la hora de su ejecución.

En el alegato a favor y en contra de la significación del horóscopo, cada una de las partes deberá invocar exclusivamente los argumentos al alcance de su dominio particular. Este caso se presenta incluso al cuestionarse si el nacimiento no ha sido sobrevalorado en la medida en que, comparado con la concepción, su carácter es meramente transitorio. En efecto, no es raro encontrar en la historia de la astrología una preferencia del horóscopo

calculado a partir de la concepción sobre el asociado con el nacimiento. Tal fue el caso entre los babilonios, y más marcadamente aún, en tiempos helénicos. Entonces se conocían incluso las horas y días más favorables a la procreación. El griego decía: ¿yo planto un hombre?, como decir: ¿yo planto un árbol?.

La diferencia a decir verdad, es en sí secundaria, puesto que si concebimos un tiempo de destino, éste no deberá ser menos continuo que el tiempo astronómico o mecánico. Sólo que no es divisible de la misma manera, sus horas no se parecen entre sí. Reina aquí la misma diferencia observable entre el año eclesiástico y el año astronómico. Las fiestas se distribuyen de manera desigual y caen también en distintos días del calendario; el término fiesta engloba en este caso la muerte y el sufrimiento. Dentro del año festivo se oculta el gran horóscopo ¿del hombre?, la correlación entre su marcha y la carrera solar. Es un reloj que no ha sido creado por las iglesias, pero que éstas confirman y el papel del sacerdote ha sido siempre el de confirmador. Se trata de una rueda, y la Iglesia participa del movimiento de sus rayos, ésta es la razón por la cual las fiestas son más antiguas que las iglesias. La adopción, por motivos técnicos o económicos, de un nuevo tiempo universal afectaría a la Iglesia no solamente en su ritual sino en su núcleo mismo, en tanto que es receptora del tiempo.

Si el tiempo del destino es continuo, aunque tenga un ritmo diferente al del tiempo astronómico, el conocimiento de ciertas convergencias bastaría para deducir las redes e intuir lo que podrían encerrar. Concepción, nacimiento y muerte se encontrarían en una relación necesaria y sería posible también definir los días favorables y desfavorables. La diferencia entre el horóscopo del nacimiento y el de la concepción resultaría intrascendente. El hecho es que, en la práctica de la astrología, se intenta inferir la constelación a partir de datos vitales claves, cuando se desconoce la hora exacta del nacimiento o bien cae en un punto de intersección de consecuencias importantes.

La dificultad propiamente dicha, para calcular tal relación, reside menos en las circunstancias que en su apreciación. Sabemos demasiado poco sobre la jerarquía de las coyunturas. Esta es más aprehensible en los sueños. Aquello que consideramos importante puede ser intrascendente; lo que vivimos como una desgracia puede resultar una fortuna y a la inversa. Ganar la lotería puede acarreararnos la desdicha y una herida sustraernos de la muerte segura en una batalla del cerco. Lo primero que el confirmador debiera señalar al que ha nacido es aquello que será importante para él. El juicio se modifica de acuerdo con la particularidad del destino personal y su misión. Es por esto que, a partir de cada uno de los datos ?ya sea el nacimiento o la concepción- sólo las conjeturas son posibles; las aseveraciones no tienen cabida. Pero estas conjeturas tocan a veces cuestiones más importantes que los acontecimientos de una vida, alcanzando la fuente donde estos se originan, de la cual dependen. El nivel de profundidad logrado a través de esta investigación depende hasta cierto punto de la visión del confirmador.

A este propósito, algunas palabras acerca de otra dificultad concerniente a la evaluación de caracteres.

Se sabe que la grafología no está en condiciones de establecer con certeza si la escritura sometida a un análisis pertenece a un hombre o a una mujer. Estaríamos tentados, ante su impotencia sobre un punto tan esencial, a rechazar totalmente su arte. Pero, de igual manera, podríamos llegar a otra conclusión, a saber que el carácter pertenece a capas mucho más profundas que el sexo, noción que seguramente aprobarían ontólogos, psicólogos y mitólogos.

Conocer el sexo resulta útil, en ese caso, para juzgar a quien trazó la escritura, pero este conocimiento no sobresale de la apreciación misma. En otras palabras, es menos importante para el estudio del destino de un ser humano saber si nació hombre o mujer, que si tiene características predominantemente masculinas o femeninas. Estas sí son reveladas por el examen de la escritura. Se

observa en este ejemplo que el conocimiento y la interpretación tienen centros de gravedad diferentes; aquí como anteriormente, existen aspectos tanto visibles como ocultos. Asimismo, la relación entre ellos no es o lo uno ?o lo otro, sino más bien no sólo, sino también.

El combate del sabio contra la astrología se asemeja a un ataque contra los molinos de viento. La toma por uno de esos edificios cuya arquitectura conoce a fondo. La mide según las proporciones de la lógica y sus patrones de conocimiento, y la juzga mal construida. Omite, al obrar así, la diferencia que existe entre concepto y prejuicio, entre conocimiento abstracto y concreto, y sobre todo entre saber y sabiduría. Es por esto que sus ataques son prácticamente inútiles. Observa con cólera la expansión de una cosa que el considera insensata.

Si penetramos, sin tomar partido, en el edificio de la astrología, no tardaremos en percatarnos de que, en efecto, ahí reina un saber. Sentimos como la vista se agudiza para percibir los tipos astrológicos, o al menos los tipos análogos a éstos que, por cierto, y a diferencia de las figuras geométricas, no son mensurables. Es aquí donde reside su cualidad: no poseen un valor cifrable.

No pronunciaremos ningún juicio sobre la realidad de los tipos astrológicos. Existe, sin duda, un ser del hombre que reposa profundamente enterrado bajo nuestras características y que se manifiesta de manera unificada lo mismo en los rasgos del cuerpo que en los del espíritu y los del carácter. Las enseñanzas que nos permitirán aprehender este ser resultarán invaluable. Nos reafirmaron no sólo en nuestra vía a través del espacio y el tiempo, sino también en lo concerniente a lo que nos espera finalmente.

La mirada que hurga en las profundidades del destino del hombre penetra hasta su principio, hasta el principio incluso de su unicidad y armonía. Pretende aprehender al hombre con sus vicios y virtudes, que se mezclan como la luz y las sombras; ni las cualidades

ni los defectos son en sí mismos factores decisivos a favor o en contra de la armonía. Son complementarios, como la cerradura y las llaves, por lo tanto pensar que las virtudes se añaden es sólo un prejuicio. Los vicios de alguien pueden auxiliarnos, las virtudes de otro, perjudicarnos. Quien piense en los hombres como en los animales o las constelaciones, los conoce fuera de su esfera social y moral y por lo tanto fuera de su manera de ser necesaria. Es por esta razón precisamente que se requiere del juicio certero sobre el lugar donde se implantan, sobre su rango dentro de la constelación. Además, para todos existe tal lugar.

Aunque la astrología no sirviera más que para ejercer la mirada que aprehende la forma necesaria del hombre, esto sería ya suficiente, en una época empeñada en obliterar esta forma como a ninguna otra, en sofocarla y despojarla de valor. Se trata menos, en este caso, de una conquista de la verdad que de un acrecentamiento del poder formador. Las figuras astrológicas constituyen formas de la misma manera que las figuras de un curso de lógica, cuyas pretensiones son ejercitarnos en la práctica del pensamiento. Una vez logrados sus propósitos, podemos olvidarnos de *Baroco y Barbara*, habrán cumplido su misión.

Los mismo vale para los tipos de la astrología. No son los únicos. No hacen más que señalar realidades. Sin embargo descubren, en el seno de un movimiento siempre acelerado, una profundidad donde reina la paz. Conducen al espíritu a través de galerías en minas abandonadas donde sus hallazgos no cesan jamás.

Una palabra más a este propósito. Las ciencias naturales han adquirido un predominio considerable en nuestra instrucción y formación. En los programas escolares, este fenómeno se produce, como bien se sabe, en detrimento de las humanidades. Lo que muchos ignoran es la distribución en el interior mismo de las ciencias de la naturaleza, donde constantemente se reduce el espacio de las ramas descriptivas, en provecho de las aplicadas. Las primeras constituyen las ciencias de tipos; se ocupan de los sistemas

dinámicos y funcionales de los cuales la biología forma parte desde hace tiempo. A esto se añade la destrucción de prototipos históricos a través de una actividad de hormigqueo, hostil al mito, al *nomos*, a la paternidad y, para concluir, la aversión creciente hacia la metafísica e incluso hacia la crítica del conocimiento, con el resultado de que éste, de manera absolutamente *naive*, hace depender sus juicios y medidas del mundo empírico y de los sucesos observables.

Esto forma parte del movimiento de la época y su creciente aceleración. Esta aceleración es general. La intención de frenarla, allí donde sus desventajas son evidentes, resulta comprensible, pero permanecerá como un mero deseo ya que la aceleración no domina únicamente en las zonas extensas, ni tampoco sobre los efectos de la tecnología. Se produce y mantiene mediante una aprobación que encuentra su tarea en profundidades que no pertenecen a la ética sino al destino. Es tan dura esta tarea que nuestro mundo hormigquea con espíritus que debería cambiar o bien su ciencia o su moral. Entre otros por ejemplo, el maestro que el domingo predica a sus alumnos la no violencia, tras haberlos iniciado durante la semana en las sutilezas de la teoría de la selección natural.

Se observa mejor aún allí donde las ciencias naturales tienen su aplicación práctica, en el mundo de la tecnología. No es siquiera necesario considerar las zonas de gran destrucción. Una mirada sobre el mundo cotidiano es suficiente, sobre la circulación y sus señales amenazadoras, su técnica de la ventaja, donde la competencia y la brutalidad caminan a la par, su demoníaca ebriedad por la velocidad. Resentimos la fuerza de este hechizo que nos oprime; nos formamos y nos transformamos por su causa. Que todo esto provoque innumerables muertes es la evidencia misma. El accidente es inevitable, ya que no se debe a fallas técnicas sino al modo de pensar y desear de una época, del movimiento que la sostiene. El sacrificio es cuestionable allí donde la pérdida del individuo y sus medios juega un papel. En las profundidades, donde reina el tipo, resulta aprobado. Se reconoce la necesidad del

sacrificio. La idea de renunciar a los viajes aéreos debido a que, durante la semana, cien o más seres humanos murieron calcinados, no se le ocurriría a nadie. Cualquiera que aborda un avión acepta ese riesgo. Observamos aquí un rasgo sorprendente en una época donde el heroísmo goza de mala reputación. Regresaremos a este punto.

En su famosa visión de *Las almas muertas*. Gogol vio a Rusia como una troikalanzada sobre un camino loco hacia una meta desconocida. El movimiento de nuestra época evocaría sobre todo la imagen de un proyectil surcando el espacio con una aceleración continua. Quien lo lanzó ¿podría pararlo? Su localización es de por sí difícil por no decir imposible, allí donde el movimiento pierde límites y centro.

Existe, sin embargo, el recurso de posar la mirada sobre un objeto inmóvil. Fue así como Arquímedes, en pleno sitio de Siracusa, permanecía absorto en sus círculos. La astrología es particularmente apta para desviar la mirada de las figuras de una monocultura dinámica, ya que nace de un universo donde el hombre y la tierra son aún el centro. Indica, a partir de ambos, una dirección, que conduce más allá y por encima de los planes e intenciones humanas. Se yergue en nuestra época como un bloque errático, vestigio de tiempos antiguos, testigo no solamente de otro estilo de pensamiento, sino también de otra espiritualidad. A ella se asocia una manera de contemplar, muy alejada de nuestra observación científica; por su mediación se despiertan fuerzas dormidas durante mucho tiempo.

Entre la manera de observar las estrellas el astrónomo y el astrólogo existe la misma diferencia que entre la visión de Newton y Goethe con respecto al mundo de los colores. Se trata, en el primer caso, de una medición cuantitativa y, en el segundo, de cualidades no mensurables. Esto vale lo mismo para los colores que para el tiempo. Y siempre habrá hombres que consideren la calidad del tiempo más importante que su medición. En el fondo, no existe



nadie que lo ignore. El tiempo no proporciona exclusivamente el cuadro de la vida, es también la vestidura del destino. No sólo marca los límites a la vida, es además su propiedad. Con el nacimiento de cada hombre surge el tiempo que le pertenecerá.

Por esta razón, a pesar de que todas las informaciones de la astrología resultaran erróneas, ella mantendría su sentido, a saber, la tentativa de sondear el mundo a profundidades que ningún pensamiento, ningún telescopio pueden alcanzar. Detrás del interés que esta ciencia de las estrellas encuentra en nuestros días, se oculta algo más que el simple deseo del hombre por comprender su destino de una manera que, hasta hace poco, le era totalmente extraña. En ella se disimula su aspiración a salir del tiempo abstracto que lo aprisiona entre sus miles de hilos y cuya dominación se vuelve más y más aplastante.

En ese sentido, el horóscopo es el reloj del destino. Las horas se suceden, pero sin parecerse. La carátula de nuestros relojes mecánicos es estrictamente simétrica; un intervalo es rigurosamente idéntico a los otros. En nuestros tiempos, se ha prescindido incluso de los números, a fin de aumentar su uniformidad. El horóscopo, por el contrario, constituye una imagen, una alegoría universal. Lo que llama la atención a primera vista es la distribución desigual de los signos, que recuerda más a las constelaciones del cielo nocturno o la configuración de una partida de ajedrez que a la carátula de un reloj mecánico. Mientras existan hombres, existirá también el deseo de leer aquello que se encuentra escrito más allá.

La astrología nos conduce hacia regiones distintas de aquellas donde basta la prueba para tranquilizarnos. Su vecindad es más cercana a la religión que a la ciencia. Esta es una de las razones por las cuales desde un principio, la iglesia ha visto con desconfianza la lectura de los astros. Clemente de Alejandría definió la creencia en los horóscopos como un crimen contra la Providencia. Pero, ¿por qué razón no se expresa ella también por medio de las estrellas para hacerse así igualmente venerable? Los tres Magos de Oriente eran

además astrólogos. Orígenes, quien creía en los espíritus astrales, temía por una doctrina que asociara el destino al curso de las estrellas, privando al hombre del sentimiento de libertad y alejándolo del camino de la oración. En la actualidad, esta objeción ha perdido validez, puesto que el atractivo de la astrología se ejerce precisamente sobre las masas que desde hace tiempo, con frecuencia generaciones enteras han olvidado la práctica de la oración. Este fenómeno está relacionado más bien con un síntoma de ¿religiosidad secundaria?. Cabe asumir, en particular, que una corriente gnóstica profunda se ha puesto en movimiento como lo anuncian otros signos.

La astrología siempre ha tenido adversarios; entre ellos, espíritus como Cicerón y Plinio el Viejo. Las objeciones que ellos han planteado, como, por ejemplo, las diferencias en cuanto al destino entre dos niños nacidos a la misma hora, bajo el mismo techo, se esgrime todavía. Con el tiempo, han sido perfeccionadas, pero los argumentos en contra tampoco se han hecho esperar. Se recurría al caso de los hijos del ama y su esclava nacidos a la misma hora, un hecho de por sí excepcional. En la actualidad, el estudio de los gemelos, que se ha convertido en una ciencia exacta, dispone, gracias a observaciones de este género, de una gran cantidad de datos estadísticos. La aparición de una ciencia tal se asocia necesariamente con el paso del fenómeno individual con el fenómeno típico. El interés se desvía del individuo aislado, Robinson o Kaspar Hauser, para dirigirse hacia el desconocido, el anónimo, donde cristaliza el destino de la comunidad, -pasa del héroe al ser terreno semejante a sus hermanas. Cuando dos hermanas gemelas mueren a la edad de noventa años de un cáncer poco común, se aludirá a la ¿masa genética?. Esto resultaría más difícil si ambas sucumbieran el mismo día víctimas de un accidente y se encontraran una en Chicago y la otra en Hamburgo. En este caso, las concepciones científicas y astrológicas, el tiempo mensurable y el tiempo del destino se enfrentarían de una manera que evocaría la discusión por la barba del emperador. Estos debates

se desarrollan ante la barrera tras la cual da comienzo el pensamiento inductivo. Y el hombre de ciencia ignorará las explicaciones del destino y mostrará de manera fehaciente el encadenamiento causal. El otro subordinará todo al destino, no solamente el accidente, sino también la enfermedad y el nacimiento de gemelos.

La astrología ha tenido sus momentos de esplendor, cuando los astrólogos de la Corte regían el destino de Imperios y Estados, - aquellas épocas cuando un Nostradamus se convertía en el médico privado de Carlos IX, cuando un Kepler, en Sagan, anunciaba a Wallenstein su enorme fortuna. Incluso un gran astrónomo como Tycho Brahe creía firmemente en los astros. Se afirma asimismo que durante la Segunda Guerra Mundial, la opinión de los astrólogos jugó un papel importante en varios países.

La atracción de la astrología debió sufrir un grave retroceso en la medida que las ideas copérnicas se apoderaron de la imaginación. Baptiste Morin, quien murió a mediados del siglo XVII, libró, con su *Astrológica Gallica*, un combate de retaguardia. Siempre existieron, sin embargo, en Europa misma, casos aislados como el de J. W. Pfaff, cuya obra *Pierre des trois sages* apareció en 1821. Se trata aquí según las apariencias, de una disputa que, semejante a las entabladas a propósito de la libertad, con la cual tiene estrecha relación, no tendrá fin.

La revitalización de las ideas y la práctica astrológicas, que después de la Primera Guerra Mundial comienza a producir una vasta literatura y se acentúan de manera visible, es mucho más notable en vista que el orden racional impuesto a la vida no ha cesado de progresar. A todo aquello que hacemos y desarrollamos en materia de planeación, normalización, automatización, circulación y seguridad, los principios astrológicos oponen una contradicción radical. Cada uno de los incontables engranes de nuestro mundo tecnológico gira según la rueda del reloj interior del

tiempo mensurable. Aquí no cabe asociar ninguna combinación que sobrepase el plano humano, la perspectiva humana.

Al hojear los diarios se tiene la impresión que con la rúbrica astrológica se establece una formación totalmente insólita. Al mismo tiempo surge la inquietud de saber si se trata una vez más de una moda del espíritu, análoga al vértigo fisiognomónico que se apoderó de los cerebros hace ya doscientos años, tras la aparición de los *Fragments physilognomoniques* de Lavater, o si nos encontramos ante los síntomas de un cambio que se propaga contra corriente y de manera clandestina y cuyos signos son quizá, en su calidad de síntomas, más importantes que los beneficios o prejuicios que acarrearán.

No importa cual partido se tome, es poco probable resolver estas cuestiones apegándose al viejo debate. Se les hará justicia, sin embargo, concediendo el derecho de coexistencia a las dos potencias en cuento, considerándolas soberanos contiguos poseedores, cada uno, de sus propios estatutos, su propio estilo, sus propias leyes. De la misma manera, es posible colocar en una biblioteca, al lado del *Discurso del método* de Descartes, una edición de *Las mil una noches*, sin sentirse culpable de un atentado. Al abrir uno u otro libro, se entra en espacios diferentes. Mucha gente de hecho, siente la necesidad de tal sucesión y yuxtaposición de lecturas, de la misma manera que un huerto no se concibe sin flores, o una existencia profesional sin recreación estética. La biblioteca o la casa es un tercer elemento y más grande por cierto. La cosa no cambia aún en las épocas donde predomina el tipo de hombre que, a todas luces, no ha leído más que un sólo libro.

Parecería como si la organización metódica no pudiese pasar de cierto grado. No se experimentará la seguridad absoluta en el seno del plan a menos que se añadan las determinaciones del destino. Es también por esta razón que no se puede prescindir de las ceremonias. Y fue con el objeto de responder a esta necesidad que un pueblo tan conciente como el romano adjudicaba tanta

importancia ?aún al final del imperio- a los oráculos y los días fastos y nefastos. La observación de signos, *augurium* y *haruspicium* , el examen del vuelo de las aves y de sus extrañas, eran considerados indispensables ante el advenimiento de fechas y actos asociados al destino. No es posible imaginarlos sin experimentar una curiosa emoción al contemplar esas cabezas cargadas de conciencia de los personajes que aparecen en la columna de Trajano. Se rendirá mejor justicia a este fenómeno, por lo tanto, si, en lugar de considerarlo una costumbre muy antigua degenerada en formalismo y superstición, se le ve como un perfeccionamiento y quizá un reforzamiento de la vida, desde la perspectiva del destino. Es posible que el efecto se haya hecho sentir en el dominio de la visible, la *auctoritas* , a un lado y por debajo de la disciplina, fundándose sobre el *Augurium* . Es por esto que en el campo romano se observaba, a la derecha de la tienda del general y en el lugar reservado a los auspicios, la tienda del agorero.

Que el plan fracase, ya sea en pequeña escala debido al accidente o en proporciones mayores a causa de la catástrofe, forma parte de nuestras experiencias. Es posible llegar a un punto más allá del cual todo nuevo aporte de energía no haga más que aumentar la desgracia, y donde la inacción sea preferible a la acción. El caso más trivial podría ejemplificarse con uno de esos días cuando uno se levanta ?con el pie izquierdo? y debe asumir que sería mejor evitar un viaje a pesar de su carácter aparentemente urgente. Si la desgracia se llama enfermedad, conviene no dejar pasar el instante en el que es preciso meterse a la cama. Esto es lo más importante de todo. En la guerra, se llega igualmente al punto a partir del cual todo esfuerzo agrava la derrota. Clausewitz, quien meditara con gran lucidez sobre los problemas del poder insiste en el peligro que se corre al traspasar este límite

Una vez que las experiencias aciagas se han acumulado, surge en el hombre una desconfianza hacia el plan y su infalibilidad. Debe entonces reconocer la imposibilidad de llenar sin lagunas el cuadro

del porvenir, ya que siempre existirán elementos imprevisibles ?en fin, que entre pensar y ejecutar, subsiste una diferencia. ¿Cuántas veces no ocurre que el mismo plan entraña precisamente lo contrario de lo que se deseaba? La Historia abunda en fracasos babilonios.

El naufragio del Titanic ofrece el ejemplo típico del plan fracasado; marca un giro en la historia del progreso. El navío ha sido siempre un gran símbolo. El naufragio sacó a la luz entre otras cosas, los peligros del récord. Este término se ha tomado del lenguaje deportivo, *to record* significa registrar, documentar. Se trata de una acción enlazada de manera particular con la conciencia y la medida a través de sus instrumentos, algo desconocido en la antigüedad e incluso en cualquier otra época que no sea la nuestra. No se controla únicamente la acción de las máquinas, sino además la del hombre mismo. En la competencia, ya no es el hombre, sino el cronómetro, quien mide al hombre.

La idea de que los segundos tuvieron importancia era totalmente ajena al espíritu.

El griego entendía de medirse con los hombres, quizá incluso con los dioses, pero jamás con el tiempo abstracto. Por otro lado, el desarrollo tecnológico no cesa de empujar siempre más lejos no sólo los *récorde*, sino además los peligros que éstos implican. El riesgo está ligado, *a priori*, al medio, al instrumento; el hecho de que se aplique igualmente al dominio del poder o al de la economía y el confort, es una distinción secundaria. Hoy en día mueren más personas durante una excursión que sobre las pistas de velocidad. La catástrofe conduce al hombre a ese momento en el que ?cede ante el designio de los dioses?, desde donde el aspecto fatal del suceso, apenas vislumbrado en tiempos felices, adquiere un carácter más potente que el aspecto abierto a la organización.

El pesimismo que sucede a la catástrofe se explica quizá por un debilitamiento de la voluntad, a la que se ha exigido demasiado.

Y sin embargo, este pesimismo otorga una visión clara en bien de las cosas que el optimismo surgido del éxito. Puede reducirse al suceso inmediato y conducir a la idea de que el plan no fue suficientemente elaborado y que es preciso repensarlo con mayor rigor. Es así como, después del naufragio del Titanic, se realizaron una serie de mejoras en la construcción de barcos y en la navegación, que no han logrado impedir, es cierto, que grandes navíos sigan zozobrando.

Se observará que un mayor desarrollo de la tecnología conlleva necesariamente el aumento de las dimensiones de la catástrofe; esto vale aún sin tomar en cuenta los efectos de las guerras. Esto explica el profundo pesimismo asociado a esta forma de organización general desarrollada en nuestro mundo. Cabe preguntarse si este tejido de ideas y perspectivas humanas no precisará de una trama quizá un poco más firme y sólida y si no sería posible consolidarla y protegerla por parte del destino.

Esta es sin duda la tarea de las religiones, y por esta razón todo hombre lúcido, aún cuando no se sienta ligado a ellas, les brindará apoyo durante los grandes conflictos ?aquellos, por ejemplo, donde se encuentran a merced del racionalismo ateo del espíritu planificado en toda su presunción.

Más no cabría ignorar que las religiones ejercen aún su influencia sobre un gran número de hombres de todas nacionalidades, razas, clases y niveles intelectuales. Por otra parte, el camino es más seguro si se recurre a algo más profundo que una disposición cultural; a saber, al instinto religioso. Nada puede existir sin él y es por esto que aún en las mentes más lucidas se encontrará siempre un telón y tras él, un santuario. Aquel que adivina la existencia de este otro, ese que alberga, y arde por ser nombrado, dispone de la clave esencial.

Agreguemos además que aún las mismas religiones logran cada vez menos satisfacer el instinto religioso, menos aún que los poderes temporales. Deben existir para esto razones fundamentales,

dado que sucede lo mismo con todos los cultos, pero no es este el lugar para ocuparnos del tema.

Si comparamos entendimiento e intuición o conocimiento y adivinación, con dos cosas diferentes, es preciso observar que existen también vivencias intermedias. Que estas últimas aumenten de tamaño constituye uno de los signos que nos permiten ver que hemos llegado a un punto de confluencia. Ciertos dominios se convierten entonces en objetos de debate para la ciencia, y después en ?ramas?, sin que nadie hubiera podido predecir tal cosa. El hecho de que se trata de vivencias intermedias, se ratifica en que sus signos y conceptos tienen acceso a una y otra.

Esta apertura más amplia acepta explicaciones diferentes, de tal manera que la ciencia se vuelve quizá más accesible al perder en rigor lógico. Se podría pretender además que la ciencia conquistará nuevas regiones para la investigación científica. Ella ilumina los pozos lejanos.

De aquí pueden resultar perfeccionamiento de métodos y práctica. Hoy se sabe, es decir: está reconocido científicamente, que existen días propicios y nefastos para actuar. Debemos este conocimiento a combinaciones de tipo estadístico, meteorológico y médico. Sería razonable, además, abstenerse de practicar una intervención sobre un paciente que afirma haber tenido un sueño disuasivo, ya que la interpretación científica de los sueños ha hecho igualmente progresos. Sin embargo, la idea de iniciar la construcción de todo un hospital en un día astrológicamente favorable y en un lugar geomórficamente reconocido no se nos ocurriría, como tampoco posponer su construcción porque un oráculo lo considera desaconsejable.

Es, por el contrario, no solamente pensable, sino probable, que las consideraciones de higiene, climatología, irradiación astronómica y geológica lograrán un rigor tal que influirán, no sólo sobre el lugar, sino también sobre la forma de dichos edificios. Y es posible



entonces que se vuelva a caer en los lugares y los tiempos reconocidos en la antigüedad por adivinación.

No es raro que la reflexión más aguda descubra, al tender sus redes, un bien hace mucho olvidado. El tratamiento de la parálisis por medio de la fiebre, tal y como lo conocemos desde 1917, había sido practicado desde hace mucho tiempo por los brujos curanderos africanos, si bien acompañados de diversas representaciones. En este caso, los demonios de los pantanos jugaban un papel. En el fondo de esto encontramos que la fiebre, como el ayuno, la respiración y el sueño, constituyen factores importantes para la curación; el resto de los remedios no sirve más que para franquearles el acceso.

En unos pocos años, proporcionándole una bata blanca y poniéndolo frente al microscopio, podremos lograr que el curandero vea las espiroquetas. Y no se trata precisamente de un acto puramente óptico. Pero sería en vano que el brujo curandero quisiera iniciar a su colega europeo en la trama de elementos que lo hacen capaz de curar. Digamos, para compararlos, que el curandero ha logrado asir por medio de tentavias empíricas una cosa que la ciencia ve.

Cada tipo de sociedad organizada posee, en el fondo, un arte de curar, al que se mezclan los matices particulares de la época; en la nuestra por ejemplo, serían la diferenciación tecnológica, el tratamiento estadístico y el fenómeno del récord. El arte permanece ilimitado. Gracias a una razón muy fuerte; el plano humano se limita a la curación mientras que el plano universal engloba además la enfermedad y la muerte. Esto conduce a la medicina a conflictos que no pueden resolverse sobre un terreno único, y estos conflictos no pueden más que crecer a medida que la medicina se especializa.

El bosquimano era sin duda inferior al blanco en conocimientos, pero se distinguía de este en que no ejercía exclusivamente una función, sino que representaba además un

estado del cual participaba a través de algo diferente al mero saber. Que su seguimiento del enfermo y su procedimiento haya resultado insuficiente, como un todo, según nuestro parecer, es una consecuencia intrascendente de una posición semejante. Se sabe que no sólo nuestra medicina sino las ciencias naturales en general se empeñan precisamente en eliminar esta cualidad, a fin de lograr una mayor fuerza de penetración.

El pueblo resiente esta carencia, como lo revela, entre otras cosas, el flujo de personas alrededor de los hacedores de milagros que aparecen periódicamente. Existe, en el fondo de su fe en los milagros, una queja y la sospecha de que el estudio ejerce una influencia negativa sobre el poder de curar; este, más que todo el saber y que toda la técnica, distingue al buen médico del que no lo es.

Algunos juzgan, con Pascal, según quien ?mucho saber conduce a Dios?, que el perfeccionamiento creciente de los conocimientos puede llegar al punto en que el saber se unirá como una finísima red a la estructura profunda, al plan del universo. La diferencia entre ciencia y creencia se reducirá entonces a un imponderable. La ciencia podría convertirse en religión.

No es así, saber y no-saber se aproximan, sin duda, hasta el punto de fundirse uno en el otro en un acercamiento comparable a la llegada gradual de la luz. La creencia y la no creencia pueden igualmente aproximarse hasta fundirse una en la otra, y en ocasiones esto se produce como una súbita irrupción de luz, una oleada de claridad. Pero entre ciencia y creencia no pueden existir más que analogías, siempre subsistirá una fisura, un salto que es preciso arriesgar. Ni las pruebas, ni la voluntad lo pueden salvar.

Esto no excluye que la ciencia, en su conjunto, se mueva de manera que contradice el plan, y que es particularmente sensible en su actual fase de deslizamiento. La conciencia pierde el control de la dirección general, a medida que los detalles se desprenden más

netamente. Esto sugiere la existencia de una pulsión exterior a la ciencia, que el plan no puede aprehender, ni, con mayor razón, dirigir. La ciencia mantiene su cohesión, pero es levantada en vilo como un navío. Observamos aún las proporciones y los objetos familiares a las que el cambio de lugar ha conferido sin embargo una nueva significación.

La práctica altamente disciplinada de las ciencias naturales ha producido efectos extraordinarios. Lograrla ha implicado el abandono de las ciencias del espíritu y el otorgamiento de una importancia privilegiada a los dominios funcionales dentro de las matemáticas y las mismas ciencias naturales.

Que la reflexión filosófica en materia de ciencias naturales, tal como se practicaba aún en la época romántica, haya tenido que desaparecer e incluso se haya convertido en sospechosa, no es ninguna sorpresa. Asimismo, es ya imposible que espíritus de la talla de Goethe, Schelling o Alejandro de Humboldt surjan dentro de las ciencias naturales, -espíritus capaces de abarcar en una sola serena mirada el campo en su totalidad y profundidad para aportar algo más que conocimientos.

Pero, a pesar de toda la cosecha del saber, faltan mentes formadas en la crítica del conocimiento, como las que encontramos aún a finales del siglo XIX. Y, así se pierde la diferencia lógica entre aquella que puede constituir un objeto de conocimiento y lo que no, es decir, se pierde la modestia kantiana. La visibilidad se convierte en piedra de toque de la realidad. La mirada que sabe distinguir la plenitud de la *natura naturata* de la unidad de la *natura naturans* se debilita. No ve, más que confusamente, problemas morales y conflictos de fuerzas. En estas condiciones, no solamente se acelera el movimiento descontrolado, sino que se añade inmediatamente el peligro de ver al plano separarse de la estructura misma del mundo y de su orden inherente. La proporción de riesgo aumenta.

Estos son los peligros que suscitan una apreciación insuficiente de la situación, una percepción poco penetrante del mundo como objeto. Es por eso que toda inteligencia sana las puede aprehender sin precisar de especulaciones metafísicas. El conjunto de los hombres los intuye también, aunque muy frecuentemente bajo la forma de un malestar, de un instinto premonitor, presintiendo que, a pesar de toda la inteligencia puesta en práctica, las cosas no están en orden.

Entre las especialidades que surgen en el dominio intermedio figura la caracterología, sector con límites inciertos, que se pueden concebir como vasto o, por el contrario, estrecho. Ser y expresión del hombre, he aquí todo un universo.

La consideración de caracteres nos acerca a la astrología. La interpretación o, más aún el establecimiento del carácter son tareas esenciales del horóscopo. En nuestros días, la caracterología tiene valor de ciencia, aunque sus frutos provienen de elementos situados más allá de saber y que la asemejen a las artes. La interpretación del carácter presupone una cierta musicalidad. Se requiere de un fluido entre aquello que conforman la apreciación y lo que constituye el objeto; debe existir también empatía. Hasta aquí llegan los límites de la capacidad de la psicología aplicada, que se puede considerar como una subdivisión de la caracterología. La apreciación es un reflejo del sujeto que aprecia. Con base en la apreciación de sus subordinados podemos conocer el carácter del jefe.

La elección fundamentada sobre la apreciación del carácter se da en la práctica y no de manera científica. Es así que en el ejército, el comandante, y no la psicología, tienen la última palabra. Lo contrario sería un mal signo. Después de un cierto número de años quizá, y sólo sobre el campo de batalla, aparecerá el valor pronosticador de una apreciación. Se verá entonces si no se sobrestimó al bello orador o si no se subestimó el gran talento de aquel que aún no era consciente de sí.

Casi siempre surgirá la ocasión de efectuar tales pruebas, ya que no es únicamente la apreciación que se tenga del que empuja a un ser a su propio destino. Ocurre con los caracteres enérgicos, con los ?subordinados incómodos?, que el progreso se logra frecuentemente actuando en su contra. En general, el héroe llega al lugar que le está destinado. Este comentario no debe ser entendido únicamente en sentido positivo: el destino del hombre puede consistir también en aquello a lo que renuncia. Aquí salimos ya de los dominios de la caracterología, en particular de la región ética, para abordar de lleno el pensamiento horoscópico. El renunciamiento, el error, al igual que la enfermedad, sólo podrán ser reconocidos como predestinados a partir de una visión que busque interpretar los grandes designios, las constelaciones.

Cuando el gallo canta por tercera vez, es decir: cuando la voz del mundo resuena, Pedro niega a su maestro ?no solamente por ser demasiado débil para confesar su fe, sino también porque trataba de cumplir una profecía. Si hubiera proclamado la verdad, hubiera hecho mentir a su maestro. El honor del individuo sucumbe bajo el fardo de un orden que le es desconocido y dispone de él. Esta es una característica del destino; describirla sobre el plano del arte es la misión del autor trágico, quien la repite en el juego. La tragedia es juego de culto. El destino obra en ella, con sus poderes, el tiempo del destino teje la trama. En el tiempo mensurable, no se conoce lo trágico: aparece como evitable, -sólo existen los accidentes.

Allí donde es preciso tomar decisiones graves y someterse a sacrificios, por ejemplo en el comportamiento de un ejército, el carácter aventaja al intelecto. Por esta razón, el hombre investido de autoridad es casi siempre más simple, más ?limitado? que su jefe de estado mayor, quien practica el arte de la guerra como una ciencia. Asimismo, en una situación peligrosa, lo primero que se requiere es la templanza, la autoridad deslumbrante, la grandeza paternal. Blucher llamaba a Gneisenau ?su cabeza?. Pero, según Vouvernargues, *las grandes ideas surgen del corazón.*

Al considerar el carácter, tanto el método científico como una intuición totalmente diferente de éste son igualmente aplicables. Nos acercamos aquí al lenguaje de los signos astrológicos, donde los caracteres adquieren una fuerza tal que hace estallar al mismo tiempo, la singularidad personal y la unicidad histórica. Hay algo aquí que parece retornar, algo conocido de muy antiguo que se hace visible temporalmente y es comprendido por los pueblos no en virtud de la razón, sino como una figura develada.

Las imágenes animales se dibujan cuando Moisés y Alejandro nos son mostrados con cuernos, cuando Cristo dice: ?Yo soy el cordero?, cuando Henri aparece como león, Clemeceau como tigre. Las figuras míticas celebran igualmente su retorno a la memoria de los pueblos. Una de sus características es la duda que despiertan sobre la veracidad de su existencia.

Dentro del cuadro de la Historia se da la repetición, más no el retorno. Aquiles regresa en Alejandro, pero el primer Napoleón no reencarna en el tercero. En el interior del tiempo calculable puede darse la analogía, pero jamás la identidad. Pueden aparecer los padres, pero no el Padre. A esto se refería la disputa del arrianismo, donde se debatía el parecido o la identidad del Hijo con el Padre. Esto implicaba, en el sentido, más profundo, problemas de tiempo.

Con el retorno, algo mucho más fuerte que el recuerdo penetra en el hombre. Este algo se vuelve idéntico a él, como el hombre y la mujer en la concepción, o la fuerza creativa intemporal que retorna en la vida temporal.

Sin retorno, sólo quedan fechas, no hay más fiestas.

El carácter dicen, configura el destino. Nuestra propia experiencia nos lo demuestra cuando vemos, en retrospectiva, que los mismos errores reaparecen siempre para perjudicarnos. Es difícil, si no imposible, evitarlos, ya que las ocasiones provocadoras se nos presentan bajo disfraces sorprendentes y cambiantes. Que la

falta se cometa, a pesar de estar claramente prevenidos, constituye uno de los grandes temas de las *Mil y una noches* .

Los caracteres fuertes no están menos amenazados por el error que los débiles, y son con frecuencia causa de mayores desgracias. Es preciso evitar la identificación del carácter con la voluntad, como se suele hacer con toda naturalidad en nuestro mundo. Automáticamente se piensa en voluntad cuando se habla de un ?carácter enérgico?.

*Volentem ducunt, nolentem trahunt* ?como tantos proverbios, éste puede también voltearse al revés. Un carácter puede afirmarse igualmente a partir de la no-volición- dejando pasar su turno, como en las cartas. Una gran ganancia puede dormitar entre las posibilidades que se dejan intactas. Así se convierten en capital de acción. Este es el caso particular, toda vez que el bien y el mal entran en juego en una resolución, donde la decisión adquiere características morales.

Pero concebir el carácter de tal manera o de tal otra y admitir aún la existencia de un carácter perfecto no implica, sin embargo, que éste sea algo más que uno de los componentes del destino. La misma experiencia que nos muestra ?espectáculo por demás reconfortante- al hombre ?que ha llegado a ser alguien? nos sorprende, nos asusta con igual frecuencia mostrándonos lo contrario. Cuántos hombres de mérito, rectos, sabios y bondadosos, fracasan de una manera aparentemente inexplicable, absurda incluso. Cuántos no sucumben ante enfermedades, accidentes, ante la maldad del mundo y el prójimo. Y, por el contrario, cuántas veces no se inclina el cuerno de la abundancia a favor de quien parece no merecerlo. Ganancias enormes, matrimonios dichosos, herencias, salvaciones increíbles de naufragios y otros accidentes: he aquí, en la tela de la vida, la trama que escapa a todo cálculo.

Si llamáramos a esta otra cara de la suerte constataríamos que los hombres la ven también como parte suya, de su conformación y

que frecuentemente se valen de ella más que de sus conocimientos o talentos. Napoleón apelaba a su estrella y veía en ella la fuerza operante detrás de su ascensión. Mientras brille esa estrella dichosa, nada podrá desviarla de su ruta, pero si se oculta, bastaría un grano de polvo para lograrlo. Sylla, uno de los cerebros más sagaces, se hacía llamar *felix*; él veía en la suerte un poder divino que lo favorecía.

La suerte en efecto, parece adherirse tan estrechamente a muchos hombres que se percibe como una cualidad suya. Y cuando se habla con un mimado de la fortuna, de inmediato se percibe que ha hecho un mérito de su suerte, de manera más o menos modesta. Hay algo de verdad en esto, aunque se entristezcan los espíritus inteligentes. Pero el espectáculo de un hombre afortunado produce cierto regocijo. Hace soñar en la profusión universal. Simbad el pobre, ante el espectáculo de Simbad el rico y de sus tesoros, dirige sus alabanzas a Alá, dispensador de tales dones.

Occidente posee un gran número de ciencias y sabe construirlas a partir del objeto más ínfimo; sin embargo, carece de una ciencia de la felicidad.

Es más, podría decirse que allí donde penetra con sus métodos e instrumentos las energías fluyen, es cierto, pero la felicidad se retira. Los hombres se vuelven más poderosos y ricos, pero no más felices. A medida que los medios se acrecientan, desaparece la satisfacción. Es probable que esta atrofia y este crecimiento sean proporcionales: es preciso que exista un deterioro de la felicidad.

El hombre que no tiene tiempo, y ésta es una de nuestras características, no sabrá tampoco alcanzar la dicha. Las grandes fuentes se le cierran necesariamente, las grandes fuerzas, como el ocio, la fe, la belleza en el arte y la naturaleza. Así se le escapan, la coronación, la gracia del trabajo, que reside en el no-trabajo, y la realización, en el sentido mismo del saber, que residen en el no-



saber. Esto se percibe inmediatamente en el ocaso de lo que hemos llamado la civilización.

Podría temerse que la atrofia llegara a un punto donde cesará de ser experimentada como tal ?un punto donde el confort reemplazará a la felicidad-, donde el instinto artístico fuera satisfecho mediante máquinas y la belleza fuera mensurable. Pero quedarán siempre, si no otros espacios, al menos otros tiempos con qué comparar, los tiempos por ejemplo de los que nos habla la música de Mozart. Que la carencia se hace sentir se adivina en el extraordinario asombro que se apodera de las masas cuando un sabio aparece ante sus ojos.

Pero no sólo son los tiempos idos, los otros espacios, no sólo son las excepciones las que descubren al hombre esta atrofia. El la siente en su corazón. La experimenta como una carencia y busca escapar del orden riguroso que prescribe la conquista metódica del mundo. Se siente rodeado por este orden como si se tratara de los muros desnudos de una habitación donde busca a tientas una unión, o el contorno de una ventana que ha sido tapiada.

Es posible, en lo tocante a las reivindicaciones de su razón, considerar al hombre un ser menor y contentarlo con un gasto mínimo. Si se le encierra dentro de una torre oscura para que se arrastre a lo largo del muro, se dejará persuadir de que se dirige al infinito. Pero no se dejará persuadir de que es feliz. Siempre, e indestructible hasta la muerte, vivirá en su interior el presentimiento de otra cosa, de algo infinitamente más grande, de un raudal de luz que lo libera, lo calma, aún cuando jamás haya contemplado el sol y jamás haya escuchado su nombre.

Apenas resolvió Goethe volver a ver a Marianne de Willemer, cuando una rueda de su carruaje se partió en dos, a escasa distancia de Weimar. Ante esto ordenó desandar lo andado y renunció para siempre a este viaje. Se guió en este caso, por un género de oráculo llamado *ex divis* por los romanos ?un signo que recomienda

abstenerse. No debemos concluir por esto que fuera supersticioso. Pero sí podemos suponer que se vio muy agitado entre un por y un contra y que el accidente resolvió la cuestión.

Se trataba sin duda de una indicación análoga a la que dispensaba el augurio antes de la batalla. Existen ejemplos donde el jefe de la armada actuó contra el augurio a pesar de que la situación era favorable. Consideraba por tanto su ciencia de estrategia más fuerte que la visión augural. Hoy sucede lo contrario cuando el oficial comandante pasa por encima de la oposición de su jefe. Se fía más de su estrella que la ciencia. Se trata de dos concepciones del tiempo. Lo ideal es siempre que los dos coincidan.

El *Wallenstein* de Schiller es una mina de representaciones astrológicas. *En tu corazón están las estrellas de tu destino*, leemos en los *Piccolomini*. Aquí se encuentran también estas palabras: *La hora no llega para el ser dichoso*. Resultan más significativas en esta forma que en la versión citada comúnmente: *Para el ser dichoso, ninguna hora llega*. De esta obra proviene también: *El reloj iguala siempre el tiempo de servir*.

Hoy en este reloj no determina solo el servicio. El tiempo mensurable y estrechamente medido abarca casi todo el día, y sólo el sueño con sus sueños escapa a su poderío. Los relojes son numerosos, acompañan al hombre en sus viajes de placer y le hacen saber entretanto que se encuentra en el límite no sólo el tiempo son también sobre la velocidad y la consumación.

A esto se añade la organización de una seguridad social por medio de la cual la suerte queda necesariamente excluida. El error está en el hecho mismo, no en las dimensiones de su aplicación. En aquellos países donde la mayoría de la gente que uno encuentra está asegurada varias veces, se tiene la sensación de que no sólo la inquietud y el malestar, sino la inquietud misma aumenta sin cesar. *La suerte no existe*, esta frase podría estar inscrita sobre el frontón de todas las entradas. Cada quien forja su dicha, éste es un

buen proverbio, pero también es una desgracia, son las cadenas que cada uno contribuye a forjar.

Que la revolución económica no pueda traer felicidad era de esperarse; innumerables experiencias lo han confirmado. La objeción es válida puesto que ha sido precedida por promesas mesiánicas. De otra manera, se podría responder que no se trata de problemas de felicidad, sino de problemas de fuerzas, y que desde ese punto de vista el éxito sobrepasa toda esperanza. Los imperios mundiales se han construido, y precisamente a costa de la felicidad. La idea de que se añadan constantemente nuevas alas a la prisión constituye, evidentemente, un pobre consuelo para el prisionero. El llega por último a pensar que es preciso que algo ocurra en el interior de esas construcciones titánicas y de sus propias células.

Este pensamiento amenaza el plan. Compromete la impecabilidad de los amos del plan, así como su esfuerzo por mantener la revolución dentro del sector racional, y sobre todo técnico, económico, e impedirle invadir otros dominios. Estos mismos seres que vemos aplicarse en desposeer, matar, y disponer del patrimonio de un pueblo muestran al mismo tiempo una curiosa gazmonería en lo tocante a los cambios en el seno de las artes. Así cubren su punto débil. Existe una lengua inmediata de la libertad, más peligrosa que toda prueba contraria y toda fuerza tecnológica. No necesita un sistema, puede expresarse a través de un canto, una melodía, una danza.

El renacimiento de la astrología que ?a principios de un año nuevo e incierto-, nos sorprende como una alta marea, es menos un signo de seguridad que de descontento, un descontento, por cierto, más intuitivo que comprendido. Es por esto que se le ve gustosamente como una enfermedad. Pero, ¿es la fiebre una enfermedad o el inicio de una enfermedad ?el inicio de que el cuerpo busca reestablecer un equilibrio perdido?

La irrupción de la astrología, que se encuentra en tan sorprendente contradicción con las grandes corrientes de la época, es un signo revolucionario. La astrología no solamente posee una estructura no científica, muestra asimismo una tendencia en contra de la uniformidad, en la medida en que insiste sobre la singularidad de un destino, sobre la disimilitud innata entre los hombres. Ella desdeña así los dos puntos cardinales del mundo actual. Es previsible que el escándalo provocado por ella no hará más que reforzarse en el futuro.

El hecho de que se trata de un elemento revolucionario se demuestra en que proviene de ?abajo?. La astrología se distingue en esto de movimientos análogos, restringidos a círculos estrechos que conforman sectas, o bien, como en el caso de la fisiognomía, alcanza popularidad pero tienen su origen en espíritus notables. De la astrología ?se habla?, y en una forma chistosa. En este sentido se la podría concebir como una moda, pero las modas no son sino las envolturas de otra cosa.

La gran idea de la influencia cósmica sobre el hombre debe ser admitida aún por los adversarios de la astrología. Ella conduce a los dominios del conocimiento de las razas, los pueblos y las filiaciones, de la climatología. Que las latitudes determinan, además del *habitus* corporal, el derecho y la moral fue observado ya por Pascal y más tarde por Stendhal. Aún entre los pueblos pequeños, los hombres del lindero norte se diferencian de los del lindero sur.

Es más difícil pensar que no solamente el lugar, sino también el momento del nacimiento tiene un poder formativo. Pero si el ritmo del mar con sus fases se descubre en la economía corporal del hombre, no es indiferente conocer la fase de la luna en que fue engendrado y durante la cual vino al mundo.

Estas consideraciones permanecen en el dominio intermedio. La estructura interior de la astrología se deja medir tan poco como un poema o una imagen. Ni siquiera se presta a demostraciones o

verificaciones estadísticas. En consecuencia, las consideraciones astrológicas no pueden en este momento considerarse ¿verdaderas?. Saber si un día se ¿volverán verdaderas? es otra cuestión. Esto supondría un cambio previo de óptica interior, cuyas imágenes actuales reciben su carácter distinto del polo del saber.

El anuncio de un cambio de esta naturaleza forma parte de las predicciones ligadas a la entrada en una nueva era del mundo, en un nuevo Gran Año.

Vemos con gusto al destino como una línea. Pero si lo imagináramos como un círculo o una órbita de movimiento alrededor de un centro, nos acercáramos más a su esencia. Esto responde no solamente a los grandes ciclos que observamos en el universo y a su retorno, sino además al carácter inamovible de la ley ¿según la cual tú has venido?. Esta inamovilidad sugiere un punto fijo.

Esto nos conduce, sin hablar del valor caracterológico de la doctrina de los tipos astrológicos, a la idea no menos importante de la periodicidad. Se ha sabido siempre que ciertas fuerzas actúan sobre nosotros periódicamente y que entre estas fuerzas se encuentran los astros, sobre todo la Tierra, el Sol y la Luna. Pero tampoco se puede negar que este conocimiento se haya perdido con el progreso de la civilización, y se conciba como rectilíneo y ascendente. Como todas las diferencias, aquellas que se refieren al día y a la noche, los climas y las estaciones, son seccionadas. El objeto de este proceso es la simplificación y el aplanamiento de los ritmos cósmicos reducidos a una monotonía aliada a una creciente aceleración. Luego, el hombre puede cambiar su ritmo de vida, negarles su derecho a la Tierra, la Luna, el Sol, y reemplazar su acción por su arte; ellos continuarán sin embargo a ejercer su derecho sobre él. El hombre acumula sobre sí los rigores que entraña el rechazo de una ofrenda. Existen numerosos ejemplos al respecto. Cuando el día y la noche, cuando los climas se uniformen, se obtendrán grandes ventajas en lo tocante al disfrute y a la acción.

Pero los inconvenientes serán aún más grandes en la medida en que se niegue el derecho al día y la noche en conjunto. Esto conduce a un aplanamiento artificial. Pero la exigencia del destino se mantiene idéntica; lo que es más, aumenta: es preciso elevar los diques. Lo que se escatima en pequeño se exige en grande; las dimensiones de las catástrofes se expanden.

Si la astrología fuera importante sólo porque dirige la atención del hombre hacia los grandes ciclos y su significación, esto sería, de por sí, algo inapreciable, aunque lo relacionado con el destino individual no fuera convincente.

El individuo, todo individuo, cree poseer un destino particular, una situación especial en el Universo. Esta creencia está totalmente justificada; con el nacimiento de cada hombre, el mundo es concebido de nueva cuenta. Todo hombre tiene su vida, su destino, su misión, sus órganos rodean un centro que le es propio. Las doctrinas que afirman que el hombre nace, *a priori*, para el Estado, para la sociedad, están en el error. El hombre nace a fin de vivir su propio destino. Y actúa a partir de este hecho. ¿Es así que tú debes ser, no puedes escapar de ti mismo?. Las otras tareas vienen a posteriori, destilan cualidades especiales: en cuanto que hombre, mujer o padre, en cuanto que miembro de pueblos o comunidades.

La existencia de una ley personal que le impone límites en el tiempo y el espacio es algo que el individuo que reflexiona sobre sí mismo percibe tarde o temprano. Pero aún si no se diera cuenta, evitará o elegirá el tiempo y el lugar de una manera que se encuentra, ya, fundada en un ser definido, en su *habitus* y en un carácter en el sentido más amplio.

Si, por dar un ejemplo, uno se encuentra en una calle muy soleada en el momento en que una fábrica o una escuela abre sus puertas, se percatará que la mayoría de la gente elige, al salir, el lado sombreado, mientras que un número reducido de personas se encuentran espléndidamente bajo el sol. Hay razón para suponer

que estos últimos despliegan su fuerza en los climas cálidos y prefieren, para sus viajes, los países meridionales. Se asocia además a esto que sean proclives a ciertas enfermedades bien determinadas y no a otras, que ciertas profesiones les convengan más que otras, que, en una palabra, de manera general, su vida se encuentre regida por el signo del sol. Esto se verifica aún en los detalles con Nietzsche por ejemplo, en los matices de su visión del mundo y de su prosa.

Si nos encontramos, por decir, en una estación, veremos que, entre las personas que gravitan en lo alto de la escalera la mayoría mira hacia abajo a los escalones y tiene la cabeza inclinada. Alguno, muy pocos, tienen la mirada elevada. Es posible, a partir de estos datos, llegar a conclusiones.

Algunos hombres evitan el agua a tal punto que jamás se suben a un barco, y la sola imagen de un puente les provoca malestar. Otros buscan los océanos. La diferencia de la periodicidad de la vida de un marino, y la de un pastor, un obrero o un vagabundo se explica por la diferencia de los elementos ¿pero, ¿cómo explicar la diferencia de tendencias, el atractivo de los elementos mismos? La tendencia está profundamente enraizada; Hoffmann ofrece un ejemplo de su potencia en *Les Mines de Falun*.

La inclinación hacia el mar puede, por otro lado, verse modificada, ya sea que la experimente un marino, un comerciante, un guerrero o un explorador. Una de estas cualidades puede dominar, o varias de ellas, ¿guerra, negocio y piratería? conjugarse en una sola persona.

La astrología ha creado una taquigrafía, una provisión de signos fijos gracias a los cuales esta diversidad se hace legible y descifrable. Esta escritura se compone de letras en su forma más antigua, los ideogramas. Ellos forman parte de los signos gráficos más antiguos, por esta razón no pueden ser leídos cursivamente: es preciso aprehenderlos de manera sinóptica. Significado e interpretación se encuentran estrechamente ligados. Una escritura

con tales características tampoco puede ser leída como una ecuación matemática o una fórmula; debe ser percibida más bien como una obra de arte, cuya armonía, evidente por supuesto, no puede ni probarse ni demostrarse experimentalmente.

La utilización práctica constituye otra cuestión. Depende de la necesidad, de las exigencias. Los pequeños anuncios matrimoniales en los periódicos son, en este sentido, una mina de información. En ellos se despliega una vasta gama de requisitos exigidos a la pareja ideal que podríamos repartir, siguiendo el excelente esquema de Schopenhauer, en tres paradigmas: lo que alguien es, lo que tiene, lo que representa. Si consideramos al carácter como parte de lo que alguien es, del ser del hombre propiamente dicho, que sobrepasa con ventaja todo lo que pueda poseer y representar, nos toparemos no solamente con la dificultad de detallar y precisar, sino también de describir con exactitud las condiciones necesarias para complementar el relato de este ser. El hombre es además incapaz de conocer y describir su propio carácter, para lograrlo requiere de alguna otra cosa que se le asocie.

En este caso, el desarrollo de las doctrinas tipológicas brinda una ayuda inapreciable, sobre todo cuando se ocupan del *habitus* corporal, intelectual y moral, a partir de una necesidad localizada más allá del bien y del mal. En los rechazos no se pide consentimiento, pero quien desea a un león por pareja no querrá a un vegetariano. En estos anuncios aparecen a veces los nombres de estrellas de cine que representan las imágenes ideales. Esto resulta al menos más preciso que un listado de características vagas, aunque, al igual que el horóscopo de los diarios, forme parte de los pedestres recursos del hombre en el interior de un mundo que la fatalidad ha reducido hasta el aplanamiento.

Las predicciones astrológicas que abarcan grandes conjuntos parecen más convincentes que los juicios horoscópicos emitidos sobre individuos aislados. De la misma manera, los grandes



movimientos dentro del cosmos, la órbita de soles, de lunas y planetas son más fáciles de calcular que el itinerario del individuo.

Asimismo, las predicciones sobre el destino de un enjambre pueden resultar más acertadas que las referentes a los seres que lo conforman; sus pequeñísimos movimientos desaparecen en medio de las vastedades. Jamás nos detenemos a reflexionar sobre el destino de un arenque, de un abejorro, a pesar de que la aparición de estas especies en la época de apareamiento nos impresione.

El enorme crecimiento de la población en nuestra época entraña el peligro de ver al hombre desde la misma perspectiva. No sólo aumenta el carácter de masa, sino también la uniformidad y, por lo mismo, la tentación a tratar al individuo de manera abstracta ya sea como unidad mecánica o como especie zoológica.

La absorción dentro del destino de las masas y su grado de necesidad e inevitabilidad constituye uno de nuestros problemas cotidianos, y de los más difíciles, por cierto. Una catástrofe como la de Stalingrado es más fácil de predecir que el destino del individuo inmerso en ella. En estos casos las cifras y los aspectos armónicos contribuyen a cegarnos. Sin embargo, el individuo que ha escapado al Maelström y quizá incluso ha obtenido ganancias en este choque, no verá, y con todo derecho, la sola mano del azar.

Frente a esta amenazadora pérdida del carácter, el astrólogo vigila la dignidad del hombre, sin perderse en fórmulas abstractas de igualdad y libertad: el ser definido le proporciona los datos previos. Para él, con cada individuo nace no solamente una nueva imagen de la especie, sino además un mundo totalmente nuevo. De esta manera le reserva un rango más elevado del que podrían otorgarle el pensamiento y la designación abstractas.

Entre las grandes cuestiones que nos planteamos, figura saber si la felicidad reside en el hecho de ser uno mismo, o en la uniformidad. Las respuestas a esta interrogante abundan, pero no

existe solución. Se trata de uno de esos movimientos del espíritu que se perpetúan como olas. Apenas aparece que se ha encontrado la solución reaparece nuevamente la inquietud.

Es así como se explican los frenos en el progreso, las escisiones en el trayecto previsto, el hecho de que en la historia de los individuos y los pueblos los extremos se releven e incluso se hagan surgir mutuamente. Quién iba a decir que China, tierra del Tao y del culto confucionista de los antepasados, se sacrificaría a la monotonía del mundo del trabajo con una pasión nunca igualada en Occidente.

Por otro lado, el crecimiento de las tendencias astrológicas es un signo de que el hombre empieza a fastidiarse en esta uniformación de la cual quizá participaba con entusiasmo hasta hace poco tiempo. Es preciso distinguir aquí, como ya le dije antes, entre el signo y el efecto. El valor del signo es independiente de sus efectos. Su importancia reside en que aquí, velada en principio y ambigua, se empieza a manifestar una fuerza opuesta al Leviatán y que surge de otras profundidades muy aparte del individualismo liberal.

Se trata de signos que indican mucho más que una ruptura de estilo. Es un cambio de clima lo que se anuncia en ellos.

Ernst Jünger , "Tiempo mensurable y tiempo del destino", Revista *diagonales*, número 3, México, 1987, pp. 41-84.